

Gonzalo Drago

Surcos (1)



IGNACIO TAPIA parecía no sentir la lluvia persistente que le mojaba el rostro y se le colaba por los harapos, humedeciéndole la carne, después de haberla sentido caer sobre su cuerpo durante muchos inviernos y de haber agotado las blasfemias en contra de esa rejilla vertical que descendía del cielo plomizo, formando charcos y lagunas a lo largo y ancho de las carreteras. El cansancio asomábase a su rostro moreno y danzaba en sus pupilas duras; cansancio de bestia agotada que desea llegar pronto a la cuadra para echarse a descansar. Pero Ignacio Tapia no tenía dónde cobijarse. En todo el vasto mundo no había un techo ni un miserable cobertizo que le perteneciera para arrojarse al suelo y extender los músculos adoloridos por la fatiga de las largas marchas.

Caminar. Eso parecía ser su sino. Desde muchacho no había hecho otra cosa. De una labor a otra, de un

(1) Primer Premio en el Concurso Literario del II^o Centenario de Rancagua.

fundo a otro, de una ciudad a otra, siempre estaba sobre un camino abierto frente a sus pupilas ávidas. Sus plantas habían hollado arenas del desierto, nieve de las montañas y polvo y lodo de los caminos de Chile. Su alma vagabunda lo impulsaba a andar, a despreciar a la gente encadenada a sus ranchos, y en su espíritu inestable germinaban sin descanso los proyectos fantásticos de cruzar la cordillera y llegar a los países ocultos tras la mole de piedra.

Ignacio Tapia era un hijo típico de Chile. No conoció padres, creció como un árbol entre parientes hurraños y groseros que deseaban deshacerse pronto de aquella carga, y nunca fué niño. Nunca. Desde pequeño desempeñó tareas rudas, destinadas a los adultos, asistió a una escuela pública durante ciertos períodos y tuvo ocasión de conocer el hambre, el frío y el desamparo. La vida lo había esculpido con sus manos rudas y el resultado fué un legítimo producto del ambiente: desconfiado, ladino, torvo y hurraño. Permanecía a la defensiva. Rumiaba sus venganzas.

Ahora buscaba trabajo. Cada vez que estaba sobre un camino, su objetivo era el mismo: encontrar trabajo para luego abandonarlo en busca de nuevos horizontes. La miseria no había logrado domesticarlo y a menudo reñía con los capataces cuando sentíase herido en su orgullo de macho libre y desprejuiciado. No había nacido para siervo. No podía resignarse a la esclavitud.

La lluvia continuaba tenaz. Los árboles desnudos, erizados de ramas, no ofrecían ningún reparo. Una in-

mensa desolación cubría la tierra, se alzaba desde las colinas desnudas y se arrojaba de bruces sobre los cilancos. Ignacio miraba obstinadamente hacia el fango del camino. Muchos hombres y bestias habían pasado por aquel mismo lugar, orientados hacia la vida. El también iba en busca de la vida. Era un hombre, un «roto», y se habría sentido avergonzado de sentirse derrotado por el infortunio. Hervía en su interior un germen de ferocidad instintiva que lo hacía rebelarse contra todo y contra todos. Mojado, azotado por el invierno, hambriento y sin posibilidad de encontrar asilo antes de la noche, marchaba poseído por una terca esperanza de salvación.

Y el viento parecía ser su enemigo. Lo sacudía, aplastaba su sombrero mojado contra sus ojos para impedirle la visibilidad y trataba de enredarle el poncho en la cabeza. Después se alejaba rugiendo, curvando los árboles sumisos y empujando los rebaños de nubes que huían hacia el sur. De allá, del sur del país, venía Ignacio Tapia. Traía las pupilas impregnadas de vida vegetal, ruda y exuberante, de hachas robustas derribando robles y laureles gigantescos, rostros de cobre cobijados en sus rucas y un rumor permanente de follaje en ebullición. Eso era la selva.

La vida le había enseñado muchas cosas útiles a este auténtico hijo de la tierra chilena. Sabía desconfiar de los hombres y ser hermético con las mujeres. Hablaba lo indispensable, avaro de sus palabras, cobijado en un silencio huraño frente a los desconocidos. En un pue-

blo del sur, a sus espaldas, quedaba una atmósfera preñada de amenazas después de su «desgracia». Aquello había sido un duelo formal. Entre la plebe también hay caballeros. Se rigen por un código de honor inflexible y tradicional y el duelo es siempre a muerte. Y sin testigos. Cuando Ignacio recordaba aquella lucha extrayéndola del cofre vivo de su memoria, sentíase un poco desconcertado. No encontraba justificable su asesinato. Es cierto que ambos estaban bebidos, que habían pretendido a la misma hembra y que deseaban saber cuál de los dos era más diestro en el manejo del cuchillo. Pero no había existido rencor antiguo. Apenas una simple animosidad del momento, una euforia malsana desencadenada por el alcohol ingerido. Salieron al camino y despojándose de sus ponchos se atacaron como dos fieras, escasamente alumbrados por la luz de las estrellas. Pronto sintió el roce del puñal de su adversario cerca de su rostro, y ese fugaz contacto del acero enemigo le convirtió en asesino. Atacó con fiereza, ciego de ira, y hundió su cuchillo en el vientre de su rival. Eso fué todo. Y después, la fuga apresurada a través del campo cómplice, durmiendo en las cunetas de los caminos, en demanda del norte del país para alejarse de la justicia.

Para un hombre como Ignacio Tapia la cárcel era un suplicio superior a su capacidad de resistencia física y moral. Prefería morir luchando por su libertad antes que dejarse prender. No le temía a la lluvia, al viento ni al hambre que le empezaba a roer las entra-

ñas vacías con una insistencia desesperante. Los alrededores estaban desiertos. No se veía un animal en los potreros cercanos. La soledad lo circundaba y el invierno lo estrechaba con su anillo de lluvia. Algunos pájaros se aventuraban a través del cielo, acicateados por el hambre, volaban desconcertados sobre la tierra inundada y por último cobijábanse entre las ramas desnudas de los álamos danzarines, esperando un momento propicio para reanudar sus excursiones.

Y el hombre continuaba caminando tenazmente. No sabía a dónde dirigirse. Pero el camino tendría que llevarlo hasta algún rancho: no era posible que la tierra fuera una inmensa meseta desolada. Para sentirse más seguro y menos solo, tocaba algunas veces la empuñadura de su corvo. Allí estaba, listo para ser requerido, con su mango de hueso y su fina hoja de acero. Sentíase protegido con su contacto. Conocía los peligros de su vida nómada, tenía experiencia de las acechanzas que lo amenazaban, y su valor crecía al saberse custodiado por el corvo protector. Ignacio Tapia y su cuchillo no podían separarse. Andaban juntos, dormían juntos y caerían unidos si les llegaba la hora. Eran dos buenos camaradas, inseparables en la buena y en la mala fortuna. Podría decirse que el cuchillo, empuñado por la mano del hombre, era la razón de su audacia para sostener su destino.

La noche empezaba a descender bruscamente sobre la tierra, extendiendo sus betunes sobre las colinas y los árboles y borrando los senderos con su pincel noc-

turno. El camino inundado apenas era visible. Sólo se escuchaba el ruido de la lluvia y el sordo rumor de las pisadas de Ignacio sobre el lodo. No podía detenerse. Tenía que andar; andar hasta el agotamiento, caminar toda la noche si era preciso, hasta descubrir un sitio seco donde tenderse a descansar. Estaba debilitado, sentía en su cuerpo un hormigueo molesto y el cansancio trepaba por sus piernas instándolo a detenerse, a echarse sobre el suelo para reponer las fuerzas. Pero el hombre no cejaba. Le era odioso ese cansancio que se empecinaba en derrotarlo. Y esa angustia física de saberse débil y al borde de la derrota, trajo a su memoria debilitada una escena de la infancia.

Vióse a sí mismo, pequeño, canijo, alimentado a ración de hambre por sus parientes, tímido a fuerza de bufetadas y sucio como un animal doméstico. Una mañana recibió una orden agria y autoritaria:

—¡Nacho!

—Mande, padrino.

—Anda al pueblo a comprar veinte kilos de harina, Aquí tenís la plata.

—Bueno, padrino.

—Y si te demorai mucho, te pelo a azotes.

Y él había partido hacia el pueblo a efectuar la compra. Recorrió en poco más de una hora la legua de distancia que lo separaba de la ciudad, corriendo a trechos, siempre apresurado, temeroso del castigo que presentía si tardaba más de lo necesario. Pero el retorno había sido terrible. La bolsa de harina pesaba

demasiado para sus escasas fuerzas de niño mal alimentado. Eran veinte kilos que le trituraban los brazos y le barrenaban los músculos de la espalda, agotándolo y obligándolo a detenerse para recuperar sus fuerzas. El temor lo hacía avanzar. El sol—lo recordaba bien—le tostaba la cara. Era inútil tratar de defenderse de aquel enemigo despiadado, suspendido sobre su cabeza, que se complacía en torturarlo con su abrazo asfixiante. Ahora era la lluvia. La otra vez era el sol. Pero el cansancio era el mismo. La misma angustia que trepa por los músculos adoloridos y el mismo imperioso deseo de arrojarse de bruces en la tierra para reponer las fuerzas agotadas. Y la misma imposibilidad de poder detenerse. Entonces era el temor al castigo, la carne que se rebelaba al dolor; ahora la tiranía de la lluvia y del fango que lo obligaban a permanecer vertical.

Y el recuerdo se le hace amargo, temblor en los labios y niebla en los ojos. Su infancia ultrajada lo llena de rencor. Había llegado extenuado al rancho, bajo el peso abrumador de la harina portada. Y aun ve el gesto agresivo de su padrino y aun recuerda el escozor de los latigazos en su carne desnuda, por haber tardado demasiado. Y su alma altiva se agita estremecida por un tardío deseo de venganza hacia el amo despiadado que ultrajó un pedazo de su infancia. Pero pronto se da cuenta que es demasiado tarde e inútil para pensar en esas cosas que pertenecen al pasado. Ahora, lo esencial es caminar sin detenerse, sin hacer caso al

cansancio que quiere vencerlo, hasta alcanzar un punto habitado. ¿Es posible que no haya un rancho en las cercanías? Ahora que es de noche le será más fácil ubicarlo por las luces que siempre encienden los moradores. Por eso sus ojos zahoríes otean la obscuridad a través de la lluvia para descubrir cualquier indicio de vida.

La marcha se prolonga. Clac, clac, clac. En algunos trozos del camino la lluvia lo ha inundado todo y el hombre siente que el agua le sube hasta los tobillos. La noche le impide escoger su sendero. De improviso choca con fuerza contra un alambrado y siente que las púas se incrustan en la carne de sus piernas. Aúlla de dolor y de rabia.

—¡Carajol!

Pero es inútil lamentarse. Avanza como un ciego. La noche es un túnel. Ignacio Tapia avanza siempre, horadando las sombras con una tenacidad sostenida por su desamparo. Siente que el poncho pesa demasiado. El agua chorrea por sus espaldas, por el pecho, y toda su carne se estremece de frío. Y entonces se pega a su imaginación la imagen de un brasero chispeante, en el que las lenguas rojas del fuego lamen la tetera hirviente, destinada al mate reconfortante. Por un instante se le hace tan imperiosa la necesidad de buscar abrigo, que se sorprende casi corriendo a pesar de su cansancio, del lodo y la obscuridad. Pero la realidad lo detiene con los charcos profundos, con los latigazos

de lluvia y el sordo rumor del viento que sacude a los escasos árboles que se alzan en los potreros.

—Así es la vida—comenta Ignacio con rabia y desaliento. Empieza a dudar de su buena estrella que siempre lo ha sacado de aprietos, La soledad empieza a mortificarlo. Tiene hambre y frío. El sueño empieza a pesarle en los ojos duros y la angustia empieza a germinar en el fondo de su corazón. No quiere creer en su derrota.

—Hay que ser hombre. A perro no me la gana nadie—se alienta a sí mismo, rumiando blasfemias para mantener su optimismo.

Pero en todo ser hay un límite para su resistencia física. Ignacio Tapia siente que el cansancio es superior a sus fuerzas, y temiendo derrumbarse sobre el lodo se detiene a la orilla del camino, palpando con ansiedad hasta encontrar el apoyo de un madero de las alambradas. Allí apoya las espaldas y permanece largo rato con la cabeza inclinada, dejando que el agua se escurra por el ala de su sombrero y penetre por el cuello de su poncho deshilachado. Siente que sus fuerzas renacen lentamente, pero el frío se le hace insoportable. Debe caminar. No puede detenerse. Y aguijoneado por la ansiedad, continúa la marcha interrumpida.

Era cerca de la medianoche cuando Ignacio creyó escuchar ladridos de perros, mezclados con el ruido de la lluvia y del viento. Escuchó atentamente. Nada, Sólo la lluvia. Pero una íntima esperanza empezó a

germinar en su interior. Tenía que encontrar algún rancho. Para ello sólo era preciso caminar, no detenerse, no dormirse, mantener el oído atento y los ojos abiertos para escrutar la sombra. Luchaba contra el cansancio. Vencíalo a fuerza de indomable esfuerzo, de voluntad forjada en todos los caminos. Después de haber marchado algunas cuadras oyó distintamente un furioso ladrido de perro. No cabía duda: había llegado a un punto habitado.

—Estoy salvado—pensó con alegría. Y se encaminó rectamente hacia el lugar de donde procedía la alarma de los perros. Sintióse poseído de un ansia febril ahora que estaba a punto de encontrar descanso. Le parecía que podía perder aquella oportunidad y empezó a torturarse con pensamientos nacidos de su experiencia. ¿Y si lo rechazaban? ¿Si se negaban a abrirle la puerta para darle albergue? ¿Tendría que seguir caminando? Esta duda se le hizo insoponible y para terminar su tortura buscó la puerta del rancho y golpeó sigilosamente para no alarmar a los moradores. Nadie respondió a su llamado. Sólo los perros ladraban amenazadores, rompiendo el silencio de la noche. Volvió a golpear, esta vez con más fuerza. Una voz ruda respondió inmediatamente:

—¿Quién es?

—Yo, señor, Ignacio Tapia, un hombre trabajador que busca alojamiento.

—¿Y a esta hora y con este tiempo anda estos caminos?

—Así es, señor. Me pilló la lluvia en el camino.

—¿Anda solo?

—Solo, señor. Quiero un rinconcito pa dormir. He caminado toda la noche y estoy pasao de agua.

La puerta del rancho se entreabrió tímidamente. Ignacio pudo ver el rostro de un hombre anciano que lo escudriñaba con desconfianza, tratando de adivinar las intenciones de aquel viajero intempestivo. Pareció condolerse, pues abrió la puerta y lo invitó a pasar.

—Entre, pues.

—Gracias.

Ignacio chorreaba agua. Una mujer anciana, de aspecto tímido y de andar arrastrado, se apresuró a quitarle el poncho mientras lo invitaba a sentarse. Luego se dedicó a encender fuego.

—Por diosito, si está calao hasta los güesos—comentaba con insistencia. —¿De dónde viene?—añadió sin curiosidad, por preguntar algo y romper el embarazoso silencio del visitante.

—De Santa Juana.

—¿Aónde queda eso?

—Pal sur.

—Ah. ¿Quea muy lejos eso?

—Lejazo.

—Santa Juana. Primera vez que oigo mentar ese pueblo.

—¿No hay trabajo por estos laos?

—¿Por aquí?. Psh. En este tiempo no hay trabajo pa nadie—respondió el viejo con desaliento. Hay

que esperar el buen tiempo pa arar las tierras y este aguacero parece que no va a terminar nunca.

Ignacio preguntaba y obtenía las respuestas sin demostrar interés, agobiado por el cansancio. Quería dormir. Quería arrojarse al suelo seco del rancho. Pero lo detenía la actitud comedida de los dueños de casa. La mujer ya había encendido fuego y se apresuraba a preparar el mate.

—Tengo sueño—confesó el vagabundo, ahogando un bostezo para rubricar su necesidad de reposo.

La mujer continuaba hablando. Se quejaba del tiempo, de la misericordia, de las gallinas enfermas, como si tuviera prisa en participar al desconocido que aquél era un rancho miserable. Ignacio ya no la escuchaba. Un sueño invencible y tiránico le había cerrado los ojos, hurtándolo a la realidad y alejándolo de las palabras de la anciana. De sus harapos mojados elevábase una leve gasa de vapor y de toda su actitud de hombre rendido por el cansancio emanaba una angustia tan indefinible, que la mujer sintió que sus ojos se empañaban piadosamente.

• • •

A la mañana siguiente continuaba lloviendo. Del cielo plomizo se desprendían gruesas gotas, compactas y heladas, que cerraban el horizonte. El camino estaba inundado. Hasta donde alcanzaba la vista, la tierra veíase inundada por un agua turbia y cenagosa, que se

estancaba en los baches o corría en pequeños arroyuelos. El paisaje era desolado. Infinitamente triste. Dolorosamente yerto. La tierra parecía muerta definitivamente, pero en el fondo de su misterio germinaba una nueva vida.

Ignacio, decidido, recuperadas sus fuerzas por el descanso nocturno, quiso abandonar el rancho para continuar su marcha interrumpida. Lo detuvo la voz del viejo, impregnada de paternal emoción:

—¿Cómo se le ocurre irse por esos caminos con esta lluvia? Quédese aquí hasta que pase el aguacero. No faltará un plato de comida y un rincón para dormir.

—Gracias.

No sabía si quedarse o irse. A él, que siempre lo habían rechazado con desconfianza dondequiera que pedía albergue, le era difícil decidirse ahora que lo instaban a quedarse. Le parecía, tenía la evidencia, que en aquel rancho era un estorbo. Había cuatro pequeños además de los viejos. Seis bocas que tragaban cotidianamente. Y él sería una boca y un vientre más en aquel rancho miserable. Pero la actitud blanda y sumisa de la madre lo decidió a quedarse.

—Quédese, hijo—rogó con mansedumbre. Ahora no hallará trabajo en niuna parte. Y los caminos como están... no andan ni pájaros...

Entonces decidió quedarse. Los chiquillos lo miraban boquiabiertos, un poco atemorizados ante aquel forastero de barba crecida y de ojos duros, que casi

no hablaba. Además, no podía estarse quieto. Sentía una imperiosa necesidad de moverse o de hacer algo. Asomábase a la puerta del rancho, escrutaba el cielo con los ojos entrecerrados, volvía a sentarse a la orilla del fogón para luego incorporarse como si se sintiera incómodo en aquella actitud de reposo. Don Fabián, el dueño del rancho, lo observaba tranquilamente mientras chupaba su cigarrillo crepitante. Era un campesino envejecido en contacto con la tierra. Sus manos habían adquirido el color del campo arado y bajo los espesos matorrales de sus cejas brillaban las tranquilas chispas de sus ojos de avellana. Sentíase viejo y débil. Sus nietos eran demasiado pequeños para ayudarlo en las faenas del campo. Su mujer, agotada y enferma, cuidaba del rancho y atendía a sus nietos huérfanos, que crecían como animalillos domésticos. Los viejos vivían sin esperar nada de los demás, ajenos a todo, aislados en mitad del campo, lejos de la civilización y de todo contacto humano.

Una gotera caía con insistencia en un rincón del rancho. Ignacio levantó la cabeza, observó el techo, salió al exterior y pronto estuvo sobre la techumbre arreglando el desperfecto. Estaba satisfecho de haber hecho algo útil. Así no le sería difícil, por ahora, comer el pan que le ofrecían. A medida que el tiempo pasaba, empezó a sentirse más cómodo en aquel ambiente familiar, entre rostros bondadosos y sencillos gestos impregnados de hospitalidad. El calor del fogón lo atraía; le agradaba escuchar el ronquido del

agua hirviendo en la tetera o la sorda ebullición de la olla con frejoles, que despedía un olorcillo incitante. Mientras afuera llovía con fuerza, ellos estaban protegidos en el ambiente tibio del rancho. Cuando llegó la noche, continuaba lloviendo. Entonces, cada uno, como una bestia cansada, buscó su lecho y se dispuso a dormir.

Ignacio, sobre su lecho improvisado, no pudo conciliar el sueño. Le parecía un poco violento estar en aquella casa ajena disfrutando de la hospitalidad de los dueños, sin hacer nada para merecer su aprecio. Recordó el cansancio y la angustia de la noche anterior, cuando avanzaba azotado por el temporal y sintió que su corazón se henchía de gratitud por la acogida de los viejos.

Llovió cuatro días, sin descanso. Aquello era un diluvio. Las provisiones escaseaban en el rancho y el rostro de don Fabián empezaba a ensombrecerse, como un mudo presagio de su tormenta interior. Pero no se quejaba. Nunca se había quejado en casos semejantes. Sabía que era inútil. Los años y la miseria le habían robado las palabras. Casi no salía del rancho. Fumaba. Y el humo, aspirado hasta el fondo de sus pulmones, lo distraía de su angustia.

En cambio Ignacio salía a la lluvia, merodeaba por los alrededores, oteaba el cielo para buscar un pedazo de azul y no se resignaba a permanecer quieto durante mucho tiempo. Los niños ya no le temían. Habíanse acostumbrado a la presencia de aquel forastero que se

esforzaba por ayudar en algo, por buscar leña en los contornos o apuntalaba un pedazo de cerca destruída.

El quinto día amaneció radiante. Causaba malestar aquella luz vivísima después de haber permanecido en una suave penumbra durante varios días. Sin embargo, una alegría vital emanaba desde el seno de la tierra. Los pájaros se apresuraban a buscar su alimento y los hombres se asomaban a sus chozas para intentar salir al campo inundado. Don Fabián hizo proyectos.

—Tengo que ir al pueblo a comprar algunas cosas. Ya no tenemos qué comer.

—¿Cómo se te ocurre ir vos por esos caminos? Tenemos qu'esperar que se consuma l'agua primero—murmuró su mujer con visible disgusto.

—¿Y qué vamos a comer entonces? No hay azúcar, ni té, ni harina, ni grasa, ni sal. No hay ná.

Ignacio escuchaba sin mezclarse en la conversación. El, claro, podría ir. Estaba acostumbrado a caminar sobre el fango de todas las carreteras de Chile. Pero no se atrevía a ofrecer sus servicios. Temía despertar la desconfianza de los viejos. Pero los vió tan desalentados, con los rostros tan amargos y sombríos por la preocupación, que se atrevió a hablar:

—Si usted gusta, yo voy, on Fabián.

—¿Usted? No. Ignacio. ¿Cómo se le ocurre? Por esos caminos no andan ni bestias.

En la voz del viejo había una mezcla de ternura y desconfianza. Le agradaba que aquel hombre se ofreciera para ir al pueblo, pero no confiaba en su honra-

dez. El no lo conocía. Era un «aparecido». Un vagabundo. Un cesante. Podía irse con el dinero de las compras. No. Era mejor negarse a su ofrecimiento. Pero Ignacio insistía, con un tono humilde que nunca había usado antes de esa ocasión. El mismo desconocía aquel temblor de su voz.

—Yo estoy acostumbrado, on Fabián. No me asusta el barro ni el agua. Si usted quiere, yo puedo ir. He sido roto andariego, me he criado en el barro. Viera usted en el sur, on Fabián, cuando llueve hasta un mes sin escampar. Entonces si que hay agua en los caminos...

—No, mire. Es mejor que no vaya. Yo iré otro día.

—¿Por qué no lo dejay que vaya, Fabián?—propuso la mujer con aparente indiferencia. Los chiquillos tienen hambre. Ya no queda ni una ná pa comer.

El viejo, venciendo su instintiva repugnancia, accedió al pedido de su compañera.

—Güeno, amigo, vaya pal pueblo ya que tiene ganas de ir. Aquí tiene la plata.

Ignacio cogió el dinero con manifiesta alegría, pidió una bolsa y se dirigió hacia el pueblo, hundiéndose en el fango de la carretera. Iba alegre. Silbaba. Nunca había desempeñado una tarea con tanta alegría. Su rostro sombrío se había endulzado y en sus ojos torvos brillaba una estrellita de felicidad. Caminaba a largos trancos, resbalando en el lodo, anhelante de llegar pronto a su destino. El cielo, puro y diáfano, pa-

recía reflejar su alegría interior. De los campos empezaba a elevarse una tenue gasa de vapor que se disolvía en el aire frío, y en los charcos reflejábase el cielo impregnándolos de pureza.

Mientras Ignacio avanzaba sobre la carretera, Fabián interpelló a su mujer con visible desagrado:

—¿Y si se arranca con la plata? Vos sois muy confiá con esta clase de gente.

—¿Creís que es un ladrón, entonces?

—Yo no digo que sea ladrón, pero no le tengo mucha confianza pa entregale mi plata.

—No seay leso. Vay a ver que vuelve. Si es un hombre bueno y honrao. Se le conoce en la cara.

—En la cara no se conoce la honradez. Hay muchos ladrones con cara de santos y gente buena que parecen bandíos.

—Así será, pues. La Virgen del Carmen lo traerá por buen camino.

No hablaron más. A medida que pasaba el tiempo, la incertidumbre crecía y se enrollaba como una enredadera en el corazón de los viejos. Ella era la más intranquila, pero no lo demostraba. Sentíase cómplice de lo que podría ocurrir. Si el hombre no volviera. Si se arrancara con la plata. No. No era posible. Volvería. Estaba segura de eso. Fabián mordía sus blasfemias. Se acusaba de debilidad por aceptar las sugerencias de su compañera y prometíase obrar siempre por cuenta propia, sin escuchar consejos ajenos. En sus pupilas había una especie de estupor mudo,

visible, extraño, delator de las conjeturas que danzaban en su interior.

—Este ya no güelve—murmuró el viejo en un momento de desesperación.

Y a sus palabras siguió un largo silencio. Ambos se esforzaban en pensar en otra cosa, en desviar sus sospechas, pero no podían evadir la tenacidad de sus pensamientos que trataban de anular sus últimas esperanzas. Anochecía. Cobijados en la sombra, sentíanse posesionados por una lacerante inquietud. De pronto sonaron golpes en la puerta.

—Es él—gritó la mujer.

—Es él—repitió el viejo como un eco, henchido de gratitud, y avergonzado por su desconfianza.

Ignacio penetró al rancho con gesto alegre y despreocupado. Encendieron una bujía. A su luz, temblorosa y vacilante, pudieron examinar el aspecto del «aparecido». El lodo acuoso chorreaba de sus viejos pantalones y de una manga de su chaqueta campesina.

—Aquí están los encargos, on Fabián. Perdone la demora, pero ¡hubiera visto los caminos! Me caí tres veces al barro.

Y la alegría, súbitamente, penetró al rancho sombrío de don Fabián, con una alegre y franca carcajada del vagabundo.

* * *

Una semana más tarde, Ignacio estimó prudente abandonar aquel rancho abierto a la hospitalidad. No

lo había hecho antes por acceder a los ruegos del viejo para que lo ayudara en las labores del campo. Por ahora no había nada qué hacer. El campo no podía ser arado hasta que la tierra no estuviera enjuta. Y eso demoraría algunas semanas. La campiña habíase convertido en un inmenso lodazal. Pero le era difícil despedirse de sus amigos, y a pesar de sus esfuerzos, no acertaba a dar con las palabras que debería emplear para participarles su decisión de marcharse. Por fin se decidió a hablar.

—Oiga, on Fabián. Ahora si que tengo que irme.

—¿Pa onde quiere irse, amigo? Ya le he dicho que por estos laos no hay trabajo. Quédese aquí mejor, hasta que guste

—Sí. Es que... Güeno, es que aquí tampoco puedo quedarme, porque...

—No le gusta mi rancho, entonces?

—No, on Fabián. Eso no. Es que aquí puedo molestar. Soy una boca más y usted es pobre... no tengo derecho pa robarle un pan a sus hijos.

—No esté hablando disparates, ñor. Usted me ayuda a trabajar y come el pan que se ha ganao con su trabajo. Entre los dos poímos arar y sembrar too el potrero, después cosechamos y vendimos las siembras. Le diré con franqueza, yo solo no puedo hacerlo too. Y ya m'estoy poniendo viejo y usted es joven y robusto.

—Sí, es que...

—Güen dar que's testarudo usté, ñor. Lo que hay es que no le gusta mi rancho.

—No, on Fabián. Me quedo.

Y fué así como Ignacio Tapia, vagabundo innato, azotado por todas las inclemencias y todos los infortunos, echó raíces en aquel rancho, como un árbol en tierra de sembradío. Fué un hijo más en aquella familia. Un hijo tenaz y entusiasta en el trabajo. Conoció la alegría de arar, sembrar, cuidar y recoger el fruto de su esfuerzo. Antes, cuando era peón de hacienda, le correspondía segar lo que otro había sembrado, o bien, arar la tierra que otro sembraba. Nunca había conocido la satisfacción de la tarea completa, del premio al esfuerzo gastado para que la semilla fructifique. Ahora todo era profundamente distinto. El campo se llenó de surcos. Asistía al nacimiento de los pequeños brotes del trigo o del maíz con una íntima emoción de padre frente al vástago. Esmerábase en preparar la tierra, abonarla, purificarla de malezas para que todo el vigor fuera extraído por las plantas, y sus esfuerzos se encaminaban, como un rebaño sumiso, a un amplio logro de sus desvelos. Conoció la ansiedad de las heladas, de las lluvias persistentes o intempestivas, de los vientos traicioneros y de las sequías.

Las raíces del hombre habían penetrado profundamente en la tierra de aquel campo, y se nutrían con la ansiedad y la esperanza para compartir su esfuerzo con la fuerza ciega y vital de la naturaleza. Al llegar el verano el campo era un lago de espigas maduras,

rubias, curvadas por el peso de sus frutos. El maizal alzaba sus penachos dorados ostentando a lo largo de su vientre vertical las mazorcas duras, de sedosas cabbelleras verdes. Ignacio y Fabián miraban satisfechos el producto de su esfuerzo. Era una felicidad sin palabras que bailaba en el interior de sus pechos y se asomaba fugazmente a sus pupilas pardas.

—Ahora hay que segar—murmuró complacido don Fabián.

Y ambos alzaron sus hoces relucientes y empezaron a segar a grandes brazadas, con movimientos rítmicos, como lo habían hecho sus antepasados. Eran los brazos de los padres y de los abuelos que repetían la faena eterna de hacer parir la tierra, de abrirla y triturlarla para arrancarle su vigor y crear riqueza. Las espigas se amontonaban sobre el potrero, mientras el sol caldeaba el campo y azotaba las espaldas de los hombres. Pero ellos parecían no sentirlo.

Ignacio, de pronto, empezó a cantar. Hacía mucho tiempo que no lo hacía en voz alta. Su voz ronca tenía sonoridades de viento encadenado, vacilando en los baches de su memoria para luego alzarse alegre y juvenil sobre el potrero fecundo. Era una felicidad íntima y primitiva, fecundada en el fondo de sí mismo, la que lo incitaba a cantar como un pájaro libre y saciado en la copa de un árbol.

Y entonces, sólo entonces, descubrió el llamado de la tierra, el cariño de la tierra, la gratitud honda hacia la tierra que lo da todo. Es cierto que aquella no

le pertenecía, pero sentíase liberado de la cadena patronal y de los rostros agrios de los mayordomos. Estaba alegre. Rotundamente alegre. Ahora, después de muchos años, también él era dueño de un pedacito de felicidad. Por eso el canto de Ignacio Tapia, extraído del temblor de su sangre, era como una prolongación de su esperanza hacia las barreras del porvenir.